

“La Fundamentación de la Ética”

Néstor Tato

Nuestra época está signada por el reclamo por la Ética. Pedimos ética en los gobiernos, en los empresarios, en los profesionales, en la producción de conocimiento, en las relaciones.

¿Qué es este reclamo? ¿A quién reclamamos? Le exigimos *al otro* que se comporte, que siga ciertas normas o reglas o que se inventen esas normas.

Este reclamo parece caracterizar la vida en democracia y él mismo parece ser característico de la democracia. Sin embargo, este reclamar al otro que se comporte, lo veo como un modo –muy civilizado- de *imponer* una conducta.

Eso para mí, es una paradoja. Reclamar por la ética es pedir que el otro se encuadre en una conducta previsible. Es pedir que limite su libertad para que no estorbe la mía. Creo que eso revela más bien la matriz autoritaria de nuestra mentalidad.

Ese reclamo por la conducta ajena es un reclamo de disciplina, no de ética. Pidiéndole al otro una conducta determinada niego su libertad de elección y renuncio a la mía. Lo trato como objeto y renuncio a mi ser sujeto. Le pido que haga algo en lugar de hacer por mí mismo. Renuncio mi libertad y al mismo principio activo que define lo humano: la conciencia.

Cuando se habla del fundamento de algo, me gusta buscar el fundamento. Eso que funda la mentación en ese algo. Y no es otra cosa que la misma mentación.

La concepción racionalista de las cosas plantea, por condición de origen, la separación entre los objetos de conocimiento. Esto podría coincidir con la claridad y distinción que exigía Descartes pero, más que nada y en su experiencia originaria, plantea la separación entre sujeto y objeto de conocimiento.

Respecto de los objetos ideales, como es el caso de la Ética, se da exactamente la misma situación. En el caso de este tipo de objetos esta separación es ontológicamente insustentable porque son objetos culturales: no tienen una existencia independiente de lo humano aunque parezcan tenerla respecto del individuo.

De modo que la Ética es un objeto de conocimiento muy particular. No solo porque es un objeto cultural sino porque es la abstracción de la actividad humana.

Podría creerse que la Ética es un conjunto de normas y por eso, podría ser el desideratum de la conducta humana pero no ella misma. Sin embargo, para que esas normas existan necesitan un sustrato material que sirva de soporte para su abstracción. Y ese sustrato lo provee la experiencia humana, la conducta humana.

Así que, si de fundamentos se trata, es la experiencia humana, tal como propone el Humanismo Universalista, su principio fundamental.

La pregunta sería, entonces ¿qué cosa es la conducta humana? ¿qué es la experiencia humana? O más simple ¿qué es lo humano?

Podríamos decir, en un reduccionismo teórico último, que lo humano son quanta, partículas imperceptibles solo detectables de un modo asaz aproximado por aparatos muy sofisticados.

Si sabemos de lo humano es porque lo percibimos, por tanto, es material. Y si es material, como todo lo que es material, es energía, partículas y vacío. Con eso seguimos sin decir nada.

Si hacemos la biografía de la Humanidad, recaemos en la Vida, y si la de ésta, caemos en la Materia. Así que tenemos que remontarnos al Big Bang. Aquella explosión cuya antigüedad teórica es de quince mil millones de años.

Esa materia impensable en su tamaño se expandió y sigue en eso. De modo que si vamos a hablar de qué cosa es la Materia que es el Universo, tenemos que hablar de un movimiento de las partículas. Y como todo movimiento, podemos advertir una dirección.

El Universo se expande constantemente. Pero ya no son las partículas originarias las que se expanden aunque quizás forman lo que se conoce como radiación de fondo.

Desde el mismo comienzo, aquellas partículas convergieron sobre sí, quizás por efecto de la fricción con el Vacío. Y de esa convergencia y la condensación resultante se formaron los primeros elementos y con ellos, las primeras estrellas. Altamente inestables, explotaron a su vez, generando nuevos elementos. A través de las nebulosas gaseosas que configuraban, surgieron las galaxias, cunas de las estrellas con las que convivimos.

Las estrellas existen gracias al equilibrio que resulta de las fuerzas de gravedad y de radiación. El predominio de una de las dos termina con la vida de la estrella. Su “comportamiento” depende de la modulación de su fuego interno.

La Vida surge y se desarrolla en un contexto de variables mucho más complejo. Y su misma existencia es casi una casualidad. Su nota distintiva es la diversidad de formas que estalla en el Cámbrico. Los sujetos del proceso son ahora las especies que establecen complejos equilibrios ecológicos.

El panorama biológico ofrece dos niveles de comportamientos: uno a nivel de la especie, estrechamente relacionado con las otras especies y los recursos disponibles del medio en que se desarrolla cada una; el otro, de los individuos, determinados por el equipo biológico con que está dotados.

Hasta que aparece una especie muy particular en sus características: vence la ley de gravedad y comienza a organizar su medio. La constitución orgánica de su cuerpo es la más compleja que se conoce.

El esquema animal del comportamiento pervive, los grupos humanos están limitados por las otras especies animales y los recursos ambientales. Pero la autonomía individual aumenta progresivamente con el desarrollo de la especie. El principio de la conciencia se convierte en un factor diferencial y en el potencial básico de la especie humana hasta fundar su autonomía ontológica.

Lo humano es conciencia.

Se instala una nueva dimensión: la Realidad. Y simultáneamente, la Posibilidad. Lo óntico –lo dado, lo fáctico, lo concreto, la dimensión del presente- y lo ontológico –el futuro y su dimensión de lo posible.

En los orígenes, el principio animista inviste a las fuerzas de la naturaleza con carácter divino. Poco a poco se va generando la noción de consecuencia, la visión de los hechos como resultado de acciones humanas.

La interacción entre individuos va generando la categoría de identidad –la noción de yo como distinto de lo otro- que originariamente recae sobre el grupo.

La acción especular de la noción del otro como un otro-como-yo genera la necesidad de modular las conductas. Y, sobre todo, la posibilidad de hacerlo. Aparecen las normas grupales y los castigos que imponen conductas por el temor a la represalia. De ese modo se va imponiendo el control del comportamiento individual en función de los intereses colectivos.

Durante una larga etapa el imaginario colectivo no diferencia las dimensiones de la realidad y los humanos conviven con lo divino, interactuando. Esa mezcla entre lo humano y lo divino va a ser rota por el objetivismo aristotélico que introduce una reflexión más sistemática sobre la conducta. Allí ya comienza a diferenciarse los distintos niveles de lo ético como conductual, del nivel de lo moral y lo jurídico, esbozando un primer esquema de tipología conductual a través de la concepción de las virtudes.

Esta etapa comienza ya en plena vigencia del esquema autoritario que impusieron los pueblos saqueadores que bajaron del norte hacia las regiones mediterráneas, arrasando con lo que desde hace unos años comienza a llamarse “civilizaciones de la Diosa Madre”.

El conocimiento que vertebra a Occidente y su racionalismo, nace ya como un elemento elitista al servicio del esquema dominante. Es más, alegóricamente considerada, la concepción teórica del objeto responde a la posición que ocupan las cosas como dadas para la manipulación del sujeto. Y por ese tiempo la mayoría de la Humanidad, con su condición esclava, era una cosa.

Lo humano fue recorriendo un arduo camino en su intento de sobrevivir a la destrucción que se intentaba desde el propio seno de la Humanidad. Los intereses dominantes invistieron el carácter de divinidades primero, luego de sus intermediarios para, finalmente, mutar en “representantes del pueblo” en su intento de perpetuarse en el poder, oprimiendo a la vasta mayoría de la especie.

Pese a ello, el sistema autoritario ha tenido que ceder, al menos en teoría, al reconocimiento del lugar de lo humano mediante la imprescindible instalación de los Derechos Humanos en el imaginario colectivo. Bien que todavía no son más que una aspiración.

No obstante, en el plano teórico, la posmodernidad ha recogido el punto de vista que rescata la subjetividad reconociendo el lugar fundante y posibilitante que ocupa dentro del esquema de la teoría del conocimiento.

Esto hace posible que hoy podamos proponer un deslinde claro de la dimensión de lo ético:

1) lo ético es conducta y la reflexión sobre la conducta y sus modelos responde a una elemental necesidad de lo humano: la de dar dirección al proceso de la Vida.

2) tenemos, entonces, dos dimensiones: la colectiva como dirección del proceso social, y la individual.

3) la dimensión colectiva impone la consideración de las necesidades biológicas de la especie. A la luz de estas necesidades, la supervivencia y las condiciones necesarias para el desarrollo humano no pueden quedar en la esfera de decisión de los individuos. Por lo contrario, como condición necesaria del propio proceso, las conductas individuales deben servir a las necesidades del conjunto. Esto implica que todos y cada uno somos responsables de garantizar la igualdad de condiciones para el desarrollo humano de todos y cada uno. De este modo la responsabilidad social se instala con claridad en la dimensión jurídica y, subsidiariamente, en la moral.

4) el deslinde entre las esferas de necesidad de lo colectivo y lo individual, considerando las condiciones básicas del individuo como necesidades colectivas, permite poner al individuo en su dimensión propia: la esfera de la libertad.

5) este deslinde permite diferenciar con claridad las esferas de lo material y lo humano, convirtiendo a lo ético en lo que es, por y en sí mismo: un asunto de conciencia. La dirección que cada uno dé a la propia vida es cuestión de cada uno. Pero esta libertad de elección no puede atentar contra las condiciones de vida de los demás.

6) de este modo, se libera lo humano de la presión que la necesidad de supervivencia impone al cuerpo y a través de éste, a la conciencia, dejándola en disponibilidad para ocuparse de la decisión que le es propia: la dirección que ha de imprimir a su vida.

7) lo humano, como todo lo manifestado en nuestro Universo, es un movimiento, una actividad. Y tiene una dirección. Le cabe a lo humano la posibilidad de descubrir el sentido de su vida y, a través de él, de la misma Vida. Y esto solo puede hacerlo en el juego de la libre elección de su dirección de vida.

8) lo ético es, así, el momento de decisión de la dirección de la propia vida y todo lo que queda implicado en ella.

Finalmente, en base a esta posición que expongo, lo ético queda liberado de todas las concepciones que de la Ética se han formulado al tiempo que considera a todas como las éticas como pasibles de ser utilizadas en la reflexión necesaria para la decisión del propio destino.

Lo central es que queda destacado lo esencial de lo humano, su ser activo. Las éticas son generadas por la reflexión sobre la experiencia y, a su vez, modificadas por ella. De modo que se advierte con claridad la función de las éticas: modular la experiencia humana para cumplir con la finalidad que la Vida nos hace patente desde un inicio: hacerse más Vida.

Buenos Aires, noviembre 1/2 - 14 de 2008